

PRESENCIA literaria
Director: JUAN QUIROS
Casilla 1913
La Paz, 31 de Octubre de 1965

JOSE JOAQUIN DE MORA
Libro de Teresa Gisbert y José de Mesa

LA FIGURA DE JOSE JOAQUIN DE MORA reviste un interés especial, dentro del proceso histórico boliviano. La preocupación permanente que demostró por el mejoramiento de la educación en el país, su actividad como periodista, la insistencia con que abogó por la habilitación de un puerto boliviano, dejaron una huella profunda y señera en la incipiente vida de la Nación. Muy cerca de Santa Cruz y gozando de su simpatía, influyó decididamente en la organización de las instituciones más importantes. La Escuela Normal y la Universidad nunca podrán prescindir de la memoria del doctor de Mora.

José Joaquín de Mora no fue ajeno al ajetreo político de la época. Pero su actuación más prominente estuvo en el desarrollo cultural. Esta circunstancia explica que en él "se hayan cebado la indiferencia y el olvido". El interés de los investigadores se ha dirigido principalmente a "la vida política con sus complicaciones y hondos problemas", en lo que se refiere a los primeros años de la República. Generalmente han olvidado "lo cultural, que es el aspecto de primera importancia, dentro de la historia".

El espíritu acucioso de los esposos Mesa Gisbert, después de una minuciosa investigación, nos presenta, en su libro, la personalidad de aquel polígrafo español, que tanto influyó en nuestra patria.

Como en anteriores trabajos, los autores proceden con la severidad documental que los caracteriza. En base a datos comprobados, van trazando las líneas que perfilan la personalidad del inquieto doctor de Mora.

En pocos capítulos -ocho- y una Introducción, enfocan la vida del personaje. Sin aditamentos novelescos, siguen los pasos de Mora, desde su nacimiento hasta su muerte. Estudios y formación, los quehaceres en Inglaterra, Argentina, Chile y Perú, su labor en Bolivia y el retorno a Europa, son los cuadros que se van sucediendo. El orden cronológico del relato y su obra literaria, realidades, ambas, de carácter intemporal. Con mucho acierto, insertan, en la parte final del libro, una "antología" de los versos del biografiado.

Sin disminuir un ápice del valor del libro, nos permitimos hacer dos pequeñas observaciones. En cuanto a la estructura de la obra, el capítulo dedicado al Mariscal Andrés de Santa Cruz, nos parece que debilita un tanto la unidad de la obra. Hubiese sido preferible -a nuestro criterio- que, refiriéndose a Santa Cruz, los autores no abandonaran a José Joaquín de Mora por un lapso tan largo.

El otro aspecto es de interpretación. Indudablemente, en el campo de las letras, Mora adquirió un reconocido mérito. Llegó a ser incorporado a la Real Academia de la Lengua, como miembro de número. Sin embargo, en la poesía no constituye un valor notable. Hasta nos atreveríamos a afirmar que Mora no escribió "poesías", escribió tan sólo "versos". Y el elogio que le dispensan los esposos Mesa Gisbert, nos parece algo exagerado.

Ambas observaciones, sin embargo, no disminuyen en lo más mínimo el mérito del libro. La seriedad con que se aborda el tema, el rigor documental y la claridad objetiva con que biografían a Mora, son las cualidades que hacen de la obra un importante trabajo de la bibliografía boliviana.

MARIO FRIAS INFANTE

EN TORNO A LA CONQUISTA Y POBLACION DE TUCUMAN

Por JOSE EDUARDO ARZE

II

Creada la Audiencia de Charcas (funcionó desde septiembre de 1561) la población sintió mayor seguridad. Las rutas y los procedimienos de la conquista fueron sustituídos, y en buena hora, por una convivencia más o menos pacífica que contrastaba con el aspecto permanentemente turbulento de la Nueva Toledo. La autoridad real se impuso en un ambiente que había sido azotado por el capricho y la violencia. Los comerciantes se desplazaban en busca de sus "contrataciones", particularmente en torno a los negocios que brindaba la capacidad de consumo de Potosí. La región se fue integrando con esos elementales estímulos frente a los cuales se alzaban los gravámenes y limitaciones que imponía la política colonial española en beneficio de la Casa de Contratación de Sevilla y del comercio de Portobello, a los que Ud. se refirió tan acertadamente en su conferencia, al mostrarlos como los frenos de la influencia del puerto de Buenos Aires.

Para situar en su verdadero quicio la proyección de la conquista del Tucumán debemos remontarnos a dos momentos decisivos de la historia sudamericana: - la batalla de las Salinas (26/IV/1538) y la de Saxahuara (9/IV/1548). En la primera Pizarro elimina a Almagro y se convierte en el árbitro de la América del Sur sin otro émulo que Dn. Juan de Ayolas, en su calidad de apoderado de Don Pedro de Mendoza. En la segunda se liquida el poder de la familia Pizarro por obra del genial clérigo Don Pedro de La Gasca y se pone a la América del Sur en condiciones de organizarse civil y administrativamente, lo que no ocurrió sino 20 años después con la obra de Dn. Francisco de Toledo.

Me referiré a los antecedentes y consecuencias de la batalla de las Salinas, en primer lugar, y para hacerlo debo remontarme a los años 1529 y 1530 en los cuales la conquista de América se convierte en la veloz carrera que emprenden desde Madrid los futuros conquistadores del Perú y del Río de La Plata, cada uno por su lado, teniendo por meta la Sierra de La Plata, de la cual tenían noticias bien concretas y precisas en las Cortes de Lisboa y Madrid. El botín de Cajamarca fue el clarinazo que produjo la activá movilización hacia ese objetivo al que se podía llegar por dos caminos: - el Pacífico y el Río de La Plata que arrancó su nombre de la leyenda recogida por los supervivientes de la expedición de Solís. Fue durante el viaje de Almagro a Chile que Francisco Pizarro se dio cuenta de que había perdido la partida en el reparto territorial del mundo hispano-americano y que su compañero de empresa, Don Diego de Almagro era el usufructuario de la mayor parte de las fuentes de producción de oro y plata que alimentaron el esplendor de los templos incaicos y la grandeza de sus monarcas. El Alto Beni, la región incaica del oro y Porco la productora de plata estaban en el territorio de la Nueva Tol[illegible] Además, la población de Collasuyo era otra riqueza tan grande como la metálica, pues, había mano de obra casi gratuita para la explotación minera y agrícola.

Sin embargo, y esto es paradójico, Almagro no se dio cuenta de las perspectivas de su propia heredad, pues, la abandonó casi sin conocerla por lanzarse en la aventura chilena. En su viaje a Chile Almagro cruzó de largo el Altiplano, a cuya mano izquierda, viniendo de Cuzco, se divisa la Cordillera Oriental, inmenso depósito de riquezas del reino mineral. Iba obsesionado con la idea de encontrar más al Sur otro Imperio de mayores dimensiones que el Incaico. A su vuelta, tomando el camino de la costa, fue directamente al Cuzco a disputar con Pizarro la posesión de la saqueada capital del Imperio Incaico, en cuyas proximidades fue derrotado por Pizarro.

Ese fue el momento crucial para Pizarro y, posiblemente, el instante decisivo de la historia sudamericana, pues, desde entonces se perfilaron las futuras naciones de este Continente. El Marqués abarcó en una mirada los contornos de la América del Sur y, sin tardanza, empezó a dar misiones a sus hombres de confianza, enviando a sus grandes capitanes por diversos caminos.

Belalcázar fue a Quito y Pasto en demanda del noroeste del continente. Valdivia se adjudicó la concesión de Chile para conquistar y poblar en el Sur la angosta franja situada entre el mar y las cumbres de la Cordillera, no más allá de 100 leguas al Oeste. Hernando Pizarro voló a Charcas para ocupar, en ausencia de Gonzalo, los repartimientos claves de la Nueva Toledo: - Chaque al Sur, junto a las minas de Porco y Pocona al Norte, en el camino de la coca. Per Anzures hizo la audaz exploración del Alto Beni (septiembre de 1538 a marzo de 1539) y luego localizó la divisoria de las aguas del Amazonas y el Plata, fundando el primer pueblo de españoles de la Nueva Toledo el 29 de agosto de 1539 en Chuquisaca. Gonzalo Pizarro nuevo Gobernador de Quito expedicionó a las nacientes septentrionales del Amazonas, buscando el país de la canela y su segundo, Francisco de Orellana, realizó la formidable proeza de cruzar Sud América de Oeste a Este, por el curso de aquel gran río.

Pizarro ambicionó la conquista de toda la Sudamérica española y sabía que para ello tenía tres limitaciones: - la línea de Tordecillas y la concesión de la Nueva Granada para Jiménez de Quezada que no lo preocupaban; la tercera era mucho más importante porque incluso era una amenaza para la seguridad de la Nueva Castilla, la Nueva Toledo y Chile: - sabía que la gente de Don Pedro de Mendoza trataría de llegar a la Sierra de La Plata, de la cual él estaba ya posesionado.

Para llegar al Río de La Plata y disputar la jurisdicción de Don Pedro de Mendoza sobre el terreno, Pizarro debía ocupar, ineludiblemente, la Nueva Toledo. Los caminos del Río de La Plata al Perú, utilizados por los chiriguanos en el curso de sus guerras contra el Imperio Incaico, eran tradicionalmente tres: - el del Norte, por Chiquitos, Samaipata, Pocona y Mizque; el del centro, desde el Parapetí por Tomina a Porco; y el del Sud del Bermejo y el Pilcomayo por Tarija. La primera operación de Gonzalo Pizarro en la Nueva Toledo durante su primera "entrada" fue llegar a la fortaleza incaica de Pocona y reemplazarla con la española que dejó a cargo de Lope de Mendoza. Luego ocupó Charcas y cubrió desde el repartimiento de Chaque la entrada chiriguana de Tarija. Ese era el preciso instante en que, por la otra vertiente de la Cordillera Real, llegaba Don Juan de Ayolas a las "espaldas" de la Sierra de La Plata, después de haber remontado el Río Paraguay, haber seguido la ruta india de las serranías de San José y de haber cruzado el Río Grande o Guapay. La historia no ha desentrañado el misterio del retorno de Ayolas a las proximidades del Río Paraguay, pero, evidentemente supo entonces, como diez años más tarde Irala, que la Sierra de La Plata estaba ya ocupada por otros españoles.

Pero Anzures, Diego y Gabriel de Rojas, Garcilaso de la Vega, Lope de Mendoza y toda la pléyade de viejos conquistadores, muchos de los cuales acompañaron a Pizarro desde las campañas de Panamá y Centro América, recibieron los grandes repartimientos de la Nueva Toledo, juntamente con Hernando y Gonzalo Pizarro, del primero de los cuales, dice Herrera que vivía opulentamente en la villa de La Plata "con mayores rentas que el Arzobispo de Toledo".

Es sensible que la historia, a veces, no pueda decir más de lo que los papeles oficiales expresan. En el caso de la decisión de Pizarro de incursionar sobre el Río de La Plata, los documentos públicos conocidos hasta hoy no aclaran nada. Pero, los hechos demuestran que la dirección de los pasos de Francisco Pizarro era la del puerto de Nuestra Señora del Buen Aire, el más directo camino de España al Perú. Para eso hizo buscar sobre el terreno con Gonzalo Pizarro y Anzures, desde Pasto hasta Chuquisaca, las nacientes de los ríos Amazonas y de La Plata. Anzures dio con la divisoria de las aguas de ambos sistemas y allí estableció la villa de La Plata.

Sin embargo, el Padre Guevara en su Historia de la Conquista del Paraguay reconoce que el "Tucumán era por ese tiempo el objeto que anhelaban los conquistadores del Río de La Plata y Perú, y aquéllos deseaban abrirse paso al Perú y éstos poseer las incomparables riquezas que publicaban vanamente la significación de su nombre".

La muerte de Francisco Pizarro (26/VI/1541) si bien truncó la obra personal del Conquistador, no cerró el ciclo de la progresión peruana sobre el Río de La Plata, porque el aliento venía desde más lejos, quizás desde Madrid, pues, a pesar de las Cédulas Reales de 3 de Noviembre de 1536 giradas a Pizarro, Almagro y Mendoza ordenándoles guardar los límites de sus respectivas gobernaciones, ninguno de los tres personajes prestó oídos a esas advertencias. Almagro había salido ya de su jurisdicción para incursionar sobre Chile. Mendoza, no pudiendo hacerlo personalmente, enviaba a Ayolas a llegar al Pacífico para encontrar con Pizarro o Almagro y hacer algún arreglo con ellos, "como lo había hecho don Pedro de Alvarado". Pizarro, por su lado, una vez cubierto el flanco de Chile con Almagro, avanza con una seguridad completa hacia el Tucumán y el Río de La Plata a través de la Nueva Toledo.

Lo que ocurría era que Madrid debía despejar una serie de incógnitas geográficas de la América del Sur y, por ello, a pesar de las Cédulas Reales en contrario, alentaba el avance de sus personajes de uno y otro lado. Si esto no fuera evidente, el Licenciado Vaca de Castro no se hubiera tomado la molestia de alentar la expedición de Diego de Rojas que había compartido los secretos de Per Anzures y Pizarro sobre la ruta a los Juríes y la entrada al Río de La Plata por Pocona. Con todas sus trágicas alternativas, esa expedición dio la clave de la conexión del Pacífico y al Atlántico en el Cono Sur del Continente, señalando los puntos en los cuales se levantarían más tarde las ciudades mediterráneas de Santa Fe, Córdoba, Santiago del Estero y Salta. Ya sabemos que la misión aparente de Rojas era llegar a Copiapó y que se desvió en dirección contraria, hacia el Este, por circunstancias ocasionales. Pero, ésta parece una versión convencional que se acomoda a los cánones administrativos, pues, la meta de Diego de Rojas no podía ser otra que el Río Paraná para llegar a Buenos Aires.

Sabemos por Herrera que, cuando Irala se enteró en Asunción de la llegada de la expedición peruana de Diego de Rojas y sus sucesores al Río Paraná, en las proximidades de Sancti Spiritu, resolvió apresurar los preparativos de la incursión rioplatense al Perú por la ruta de Ayolas que, hasta entonces, era conocidamente la más practicable. El proyecto era, naturalmente, anterior al de la expedición de Rojas y lo maduraron solidariamente el Gobernador Alvar Núñez Cabeza de Vaca e Irala, rematando en un intento fallido que apenas alcanzó las serranías de San José.

Pasa a la Pág 4

CELDA N.3

Por HECTOR BORDA LEAÑO

ES MI HERENCIA apenas una voz
que se desangra
triturando sus alas en el muro

Habla mi voz desde la sangre del abuelo.

Por túneles internos de algazara
arriba hasta las piedras,
sube a descolgar las sombras
que oscilan tenebrosas en el techo.

Mi herencia es una voz que no se rinde,
caminando oscuros callejones
no pasó a las riveras de la muerte
ni un litoral de silencio la contiene.

Habla mi voz al hombre desde el pozo
donde la garra del tirano hiere.

Quiere mi voz, apenas, dispersar candados
fracturando la herrumbre del musgo
que duerme en las paredes,
mi lengua es un pájaro de fuego
que anida mañanero en la ventana,
quiere llegar al hombre desde el pozo
donde la garra del tirano hiere.

¿Alcanzará mi voz a posarse sobre el hombro
del hombre de la calle?

Quiere mi voz, apenas alcanzar la oreja,
llegar a la pupila,
acalambrar el dedo en el gatillo
quiere lanzar la piedra sobre el muro,
quiere llegar al pueblo desde el pozo
donde la garra del tirano hiere,

Es mi herencia apenas una voz
que se desangra
triturando sus alas en el muro.

CELDA Nº 4

VED AHI mi bandera, mi sal, mi nervio
una hojarasca de sangre
y mi dolor tendido a un horizonte de fusiles.

Apenas si resuena mi voz, su latitud de miedo
converge en mis cenizas,
como tambor herido vibra mi carne
en soledad dé muerte. En silencio,
apenas musitando mi nombre repta y calla.

Trepan por las paredes mis pupilas,
busco un orificio para salir al sol
y es murciélago ciego mi ansiedad que vibra
en una marejada de temor.

El aire está oariendo gritos
el hombre de la calle sin saberlo me toma,
me lleva en su solapa,
prisionero conmigo el corazón del pueblo
reclina su orfandad en mis heridas.

Todavía no puedo clasificarme en odios
el hombre de la calle sin saberlo
sopla en mi viejo hueso que no pudo rendirse
raspa su dura costra maldecida
enumera su sal, y hace campo a su fe en mi dolor
que he cargado en el hombro
como una piedra a cuestas.

Ved ahí mi bandera, su color mancillado
mi sal decantándose en la herida
mi nervio en trabazón de soledad y de martirio
y mi dolor tendido a un horizonte de fusiles.

CELDA Nº. 5

GALOPAN COMO POTROS de sombra
los golpes en el patio,
tensadas las heridas en borbotones de sangre
resuenan en mi carne.
Vibra mi cuerpo entero,
del calcañar a los cabellos
trepa un pájaro loco de temor y de silencio
resecando en mis labios
el sabor de mi cuerpo.

Todavía mi hueso no ha aprendido
a rendirse,
no puede todavía enumerar la angurria
de la muerte
esta vieja osamenta hecha de cal y de amargura,
trabajada por el hambre
enraizada por los ensueños
y emancipada en mi bandera.

Esta vieja osamenta
tan deleznable en las caricias, tan torpe
tan tenaz y tan vibrante
bajo el golpe y el látigo.
Esta vieja osamenta heredera de frustraciones
reconocida en los dolores
transitada siempre por corrientes subterráneas
de temor, de soledad y de silencio.

Galopan como potros de sombra
los golpes en el patio
y en mí, por dentro, por muy dentro de mí
más profundo que el corazón,
torcida la tradición humana de la sangre
se empina mi victoria
en la búsqueda del hombre solitario
de aquel que me lleva en su solapa.

Esta vieja osamenta que no pudo rendirse
ésta que tiene una bandera,
un pueblo, una fe y una esperanza.



CHANGUITO O CHARANGUITO

Por PORFIRIO MIRANDA RIVERA

ES DE NOCHE, y la luna irradia sus rayos argentados en el lago Poopó y en la inconmensurable sábana del desierto del altiplano, reina un mutismo misterioso, las aguas del lago agitadas por un vientecillo suave, reverberan como las estrellas de vía láctea o las piedras preciosas de Aladino acariciadas por el choque de luz de Mama-Quilla.

El aventurero hidalgo español, que había llegado a la América, con la cruz en la diestra y la otra empuñando un sable toledano, no había olvidado la guitarra sevillana.

En aquella circunstancia, vivía en los contornos del lago, como también en una isla aislada, una preciosa indiecita, llamada Urpi, comparada con la paloma mensajera de los urus, pues ella constituía la columna de amor y nexo de unión entre los habitantes de los contornos del lago y la isla, pues así, se habían constituido para huir y despistar las asechanzas del enemigo.

Urpi, hija única, del famoso cacique Uru, que dominaba aquel lugar, era de una belleza singular náyade de las aguas gélidas del lago enigmático, se baña gozosa. se sumerge en el hondo Poopó, es libre la virgen, aparece y desaparece, zambulle y a la distancia aparece.

El español Carlos, que había oído hablar mucho de urus y chipayas, curioso, como todo conquistador de aquella época, instaló su tienda en las proximidades de las chozas de los urus, un buen día el apuesto Carlos, pudo advertir,cómo, una joven india cual una gaviota, desaparecía en aquellas aguas nada favorables ni benignas, identificándose con el lago, el lago era ella y ella el lago, siempre virgen como las cristalinas aguas de aquella masa sin horizontes.

Fascinado el español, de esta privilegiada criatura, quiso entablar relaciones; mas, le fue imposible, encontrar una oportunidad propicia para plantear sus amoríos y cantar sus endechas.

La bella ninfa, se sumerge en el diminuto piélago y en el altiplano, corre como un guanaco, anulando así cualquier tentativa del audaz extranjero, arisca como la gacela, trepa la la escarpada sierra, que circunda el altiplano.

El inquieto peninsular, había tocado, todos los resortes de su ingenio aventurero para siquiera verla de cerca; pero todos resultaron fallidos.

En ese entendido acudió a las armas del arte y descolgando su inseparable guitarra de su improvisada tienda, se encaminó a las proximidades de la choza de Urpi, una noche tranquila del altiplano, que pocas son estas oportunidades, pues los vientos soplan y arrastran siniestras ráfagas de arenas que se incrustan en la faz de los viandantes de día y de noche.

Aquella excepcional noche de plenilunio Eolo había oprimido los odres donde quedaron aprisionados los furores de vientos que suelen azotar inmisericordes la soledad del páramo altiplánico.

El silencio dominaba aquel lugar, a la vera del misterioso lago, los urus habían situado sus originales chozas, que cual cuentas de un rosario, eslabonan unas de otras, rientes oasis en el desierto.

La guitarra sevillana se encargaría con sus notas ora dolientes y alegres de convertir aquel corazón empedernido de la ñusta rebelde y huraña, hija del más famoso cacique de los urus.

Situado estratégicamente delante de un cactus de la tierra, que aquella noche parecía estar de vela y centinela, con sus punzantes espinos ofensivos y defensivos, como el castellano, con su guitarra sevillana, ataque al amor y la espada toledana defensa para cualquier persona hostil.

Mientras los cactus, atestados de níveas flores, saturan el ambiente con sus agradables perfumes, Carlos, se prepara a romper el silencio, estos cactáceos, serían los testigos mudos, ya no tan sólo como simbolismos por mucho tiempo de los urus y chipayas, ahora presenciando la lucha de dos razas, que pretenden amalgamarse por una parte y mantenerse en su puridad por otra.

El extranjero, templó su guitarra, pues, por vez primera, debía dar sorpresa, las notas de este instrumento singular, en aquella tierra virgen y lago sagrado.

Rompió el silencio el aventurero, el bordonear de la guitarra, llegó a herir los oídos virginales de Urpi, en aquella hora, del letargo de la raza.

Aquella música constituye, notas divinas para Urpi, que jamás había escuchado. música tan embelesadora, que conmovió las últimas fibras de su alma delicada. Descendiente de una raza milenaria, esperaba redención.

¿Cuándo llegaría aquel día promisor?

El cacique, padre de la bella doncella, no lo sabía, sus súbditos lo ignoraban; pero Urpi sospechaba; pero... ¿Cuándo y cómo?, esto torturaba su alma.. incertidumbre. . duda. ¿qué hacer?.. esperar. . esperar. llegaría aquel día?...

Sin que ella sospechara, la flecha del hispano se preparaba y el yugo quería uncir a la raza, lejos de proporcionar aquella redención que ella esperaba.

Carente de ventanas la choza de Urpi, no tuvo más remedio que abrir medrosamente el postigo, venció la curiosidad, al miedo innato de la raza. Sin que advirtiera el galán español, se encaminó, detrás de los cactus, centinelas inmóviles, resguardaron a la ñusta bella, sin ser vista, escuchaba y sentía, lo que son los tormentos del amor.

Salió Urpi, como del seno mismo del lago, cabellera blonda, ojos de chasca, de hablar medroso y suave, esbelto talle, de sentimiento artístico, no dejó escapar aquellas bellas notas sentimentales, pulsadas por el español en su original guitarra.

Mama Quilla cobija el lago, todo se conmueve, los sones de la guitarra, parece que profanaran la quietud del ambiente, noche de ensueño y fantasía, Urpi no oculta su emoción, sino que, de rato en rato suspira profundamente, el espíritu languidece.

Mientras esto sucedía Quirquinchu, que vivía envuelto en su caparazón en un socavón de angustia, huyendo de los fríos y vientos, escuchó las notas dolientes de una música nunca escuchada en aquellos parajes, puso en punta sus agudas orejas, no dudó un instante, de que algo extraordinario pasaba sobre la tierra y márgenes del lago, presuroso a pesar de su tardo paso congénito, llegó donde las armonías, se dejaban escuchar, grande fue su sorpresa encontrar un apuesto caballero que arrogante, pulsaba un raro instrumento y cantaba con magnífica voz, endechas que llegan al alma.

Mas grande fue su sorpresa al encontrar, cerca del forastero cantor a Urpi, que embelesada escuchaba aquella música y canciones.

Pasa a la Pág. 4

ALAS EN LA TORMENTA

Por HEBERTO AÑES



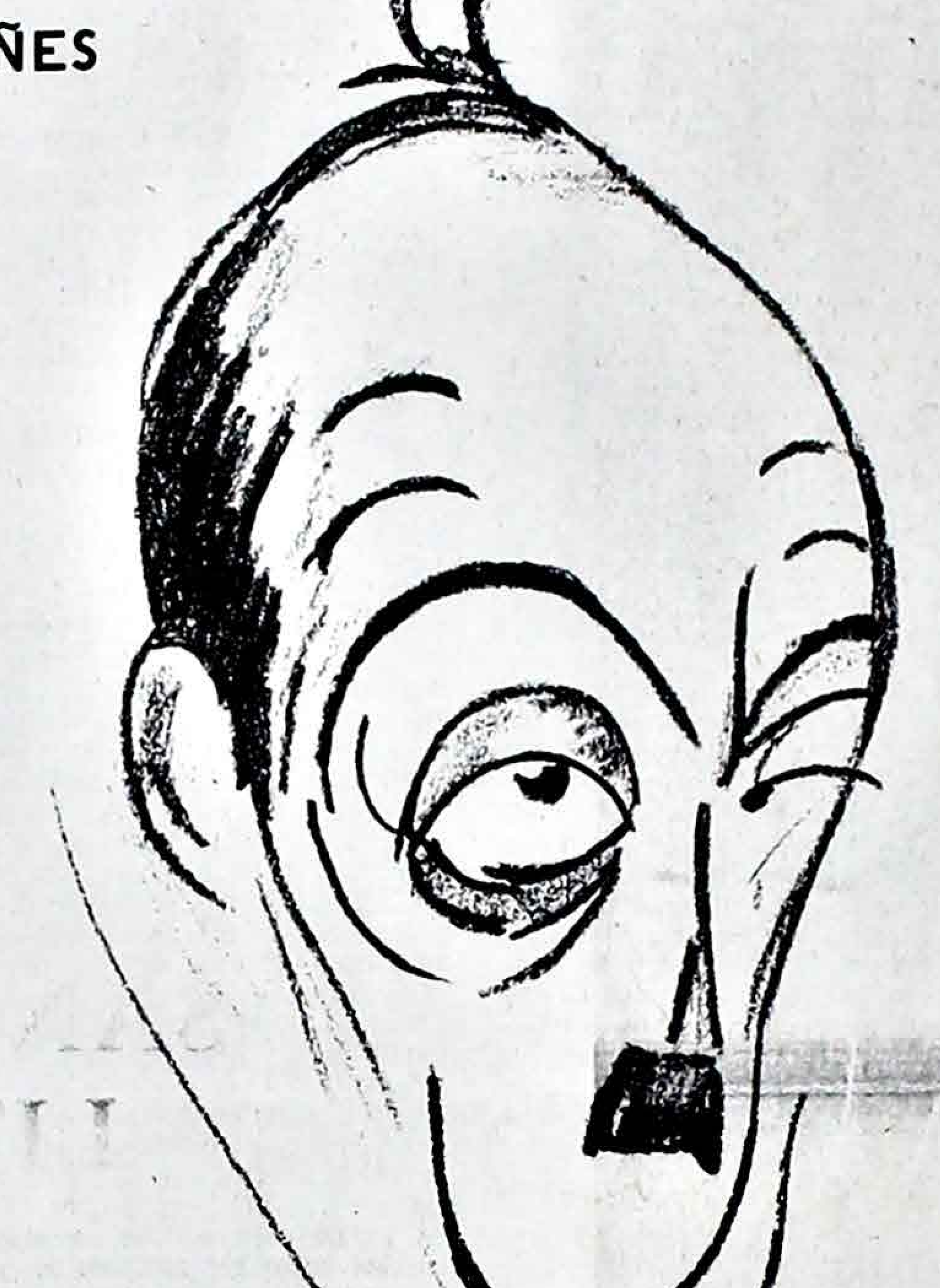
HA DE CUMPLIRSE en estos días el veinticinco aniversario de uno de los desastres aéreos que más conmovió a la opinión pública de todo el país, no sólo por sus proporciones materiales, sino por la calidad y significación de las víctimas que ocasionó.

Era noviembre de 1940. Sobrevolaba selvas de Chiquitos, rumbo a la ciudad brasileña de Corumbá, el bimotor "Juan del Valle", conduciendo a un selecto núcleo de personalidades representativas de la intelectualidad y mundo oficial de Santa Cruz, especialmente invitadas a un acto de confraternidad con autoridades y hombres importantes del vecino país.

El avión no llegó a su destino. Un tornado de viento sur, de los que eventualmente suelen azotar aquella zona tropical, descontroló las máquinas de la poderosa aeronave, precipitándola a tierra como un latigazo de fierros encendidos.

¡Quién había de pensarlo! En el instante de embarcarse, tripulantes y pasajeros, iluminados por amplia sonrisa, levantaban los brazos en ademán de despedida. Lucían todos un espíritu animoso y optimista. Pero... en las cosas humanas siempre hay un margen para lo imponderable. El azar había jugado su carta clave y minutos más tarde tomaría su sitio en la partida.

Han pasado los años y la evocación del suceso todavía reproduce líneas de apesadumbrado recogimiento en los semblantes de quienes vivieron, en su momento, el minuto intenso de la noticia fatal. El pueblo cruceño, como herido por una centella, enmudeció de estupor ante la desgracia irreparable. Motivos le sobraban: flor de su gente había sucumbido en la tragedia.



Entre las víctimas de mayor notoriedad, Santa Cruz recuerda a su entonces Prefecto Departamental, Coronel Jenaro Blacutt, que realizó una administración honesta y progresista; al Rector de su Universidad, doctor Rómulo Herrera, parlamentario, catedrático y periodista de relieves combativos; a su Alcalde Municipal, señor José Saavedra, caballeroso hombre de bien; al Senador de la República, doctor Adalberto Terceros, exponente puritano de la política boliviana; a la escritora doña Blanca C. de Herrera, cultísima esposa del Rector; y al más joven de la comitiva, Agustín Landívar Zambrana, inestimable promesa para las letras nacionales.

Al rendir homenaje a la memoria de tan distinguidas personalidades, es propósito especial de estas líneas evocar la gallarda figura de Agustín Landívar Zambrana, que seguramente por su juventud y notable talento, centró con mayor intensidad la nota de dolor del sentimiento colectivo.

. . . .

Landívar Zambrana estudió primaria y tres años de humanidades en Santa Cruz, su querida tierra natal. Concluyó la secundaria en el Colegio Ayacucho de esta ciudad. Siendo alumno de este aguerrido plantel, inició sus actividades literarias. Fundó y dirigió el semanario "Tihuanacu", en cuyas páginas anticipó claras manifestaciones de la vena y la garra que más tarde le darían cartel en el periodismo nacional. Por sus dotes de inteligencia y rebeldía, los colegios de La Paz lo ungieron Secretario de Gobierno de la Federación de Estudiantes de Secundaria, tocándole dirigir con éxito uno de los movimientos huelguísticos más ruidosos de ese tiempo. Con el apoyo decisivo de la Federación, los maestros obtuvieron equitativo reajuste de salarios.

Cursaba el primer año de Derecho, cuando obtuvo una plaza de cronista en "La Razón", diario que por entonces defendía la línea disidente del partido republicano. Landívar Zambrana no era político, ni le interesaba serlo. Era sencillamente un periodista en la pura acepción del vocablo. Tomó a su cargo una columna que denominó "Callejerías", y por medio de ella hizo simpáticamente popular su seudónimo "Tito Vila".

Esta es una de las etapas más interesantes de la vida intelectual de Landívar Zambrana. Marcando contraste con la pesadez del periodismo de esa época, hizo de "Callejerías" el rincón ameno que buscaban preferentemente los lectores. El estilo era ágil, sencillo y elegante. Lejos de todo amaneramiento artificioso, su prosa fluía con naturalidad cautivadora. Escribía claro como el agua. El motivo más trivial adquiría color y movimiento en sus crónicas diarias. Con algo de Pittigrilli y mucho de intenciones picarescas. Landívar Zambrana miraba la crudeza del mundo con ojos de soñador y de poeta.

También escribió versos, aunque no fueron su fuerte los renglones cortos. Si bien tuvo aciertos magníficos en el metro libre, como lo demuestran dos libros breves que no publicó, su inspiración se prodigaba en el pequeño poema en prosa cuyas imágenes recuerdan la concepcion panteísta de Tagore, el inmenso, o de Man Césped, nuestro gran lírico. Es en esta clase de composiciones donde puede valorarse la cifra sentimental de Landívar Zambrana.

Motivos circunstanciales lo llevaron una vez al Parlamento. Fue Diputado Convencional durante la presidencia de Busch. Admiraba al héroe y gran patriota y no quiso eludirle su concurso en momentos en que el mandatario necesitaba el respaldo de colaboradores capaces y honestos. Intervino en los debates que dieron lugar a la Constitución de 1938.

Posteriormente desempeñó un cargo diplomático. Fue Primer Secretario de nuestra Embajada en Buenos Aires. En estas funciones, que las tuvo por poco tiempo, prestigió el nombre de Bolivia. El cargo le venía como a medida, por su cultura brillante, su señorío innato, su decencia en todo sentido. Pronto se abrió campo en los círculos intelectuales y sociales de la gran metrópoli, captándose valiosas estimaciones. Razones personales lo apartaron de la carrera, en la que, por sus meritos intrínsecos, seguramente habría escalado cimeras situaciones.

De nuevo en el país, Landívar Zambrana se replegó a su solar nativo, entregándose por entero a las labores intelectuales. Leía mucho y escribía notas para diarios y revistas del exterior. Se preparaba para la obra madura y responsable, cuando recibió gentil invitación para integrar la comitiva que no regresó..

. . . .

Habría sido Agustín Landívar Zambrana, sin duda alguna, uno de los valores mejor logrados de su generación. Puede decirse que murió en el momento preciso en que su rico potencial interior reventaba como espiga de prieta y rebosante granadura, pronta a darse en las generosas entregas de la inteligencia. No quiso el destino concederle este privilegio, pero en cambio lo hizo morir joven, como a los héroes. De todas maneras, fue un elegido.

ALBERTO WILDE

Por HUMBERTO VISCARRA MONJE

ALLA LEJOS, en el tiempo vemos de nuevo el cuadro familiar, más que cuadro, una fotografía animada,, sin pose, en que un hombre y una mujer jóvenes junto a dos lindas chicas, reciben a dos jovenzuelos, uno de éstos lleva un violín, un volumen de versos y además sus veinte años, unos veinte años locos de música y que un siniestro viento de desventura desbarató antes de los cuarenta años. El otro lleva también veinte años y su hurañez de gato cimarrón.

La dama es seria y cordial; las dos chiquillas que no llegan ai a los diez, están en esa época en que más que estar con las visitas place burlarse de ellas sacando la lengua desde la pieza vecina o tras misteriosos cuchicheos de seguramente pícaros comentarios, lanzar risas ahogadas o correr al corredor a explotar en francas carcajadas.

El, un hombre atlético de calvicie incipiente, franca mirada acogedora y sonrisa amable un siesnoes irónica, habla lentamente con voz suave; no le falta la pipa entre los labios y un elegante escepticismo sin resentimientos unge sus frases lacónicas. Oye la música con recogimiento, no hace comentarios y se ve que su espíritu se baña en el tranquilo goce de los sonidos.

Hay en el saloncito cuadros, muchos cuadros, son óleos, paisajes, desnudos, escenas familiares o campestres.

-Cuándo hace Ud. una exposición, Don Alberto?

-Para qué? Para mí la pintura es un placer íntimo, no pinto para "exponerme". El arte me es una necesidad personal y no un motivo de exhibición de mis habilidades. Por suerte la pintura "no suena" así que nunca seré como esos músicos que se desesperan por hacerse oir...

- ? - !

-Por favor, no me refiero a ustedes son dos bohemios sin pretensiones que no han hecho de la música ni un banderín de vanidades ni una tarjeta de visita. Ustedes gustan de mis cuadros y yo de la música de ustedes. Creo que estamos bien compensados.

En sus ojos llenos de paisajes sonríe la ironía porque, como buen Wilde, sabe manejarla con oportunidad y destreza. Su aristocracia no admite que las expresiones del espíritu sean pasto de la crítica pretenciosa ni de la alabanza vulgar. En la vida corriente lleva su aire de gran señor con afabilidad que acata y a la vez pone distancia, guardando el secreto de su arte que es su tesoro, Para él, su casa es una alcázar lleno del amor de los suyos.

Pocos amigos tienen acceso a esta alma de por sí solitaria y los días domingos, cuatro o cinco se van al campo, unos, con un libro, otros, como él con sus telas y pinceles, otros para no hacer nada. La naturaleza tiene para ellos el atractivo incomparable que dan los espacios abiertos a los espíritus libres. La fobia hacia lo convencional y el horror de los salones en reuniones llenas de humo y frivolidad les enseñaron que el campo es el verdadero marco de la salud y la comunicación con las fuerzas superiores.

Qué dirá la muerte cuando visita a seres como Alberto Wilde, noblemente altivos? Su serenidad espera lo definitivo y lo acepta sin perder la sonrisa irónica y a la vez benevola que llevaron en vida como un sello de la suprema elegancia de las personalidades fuertes.

Ahora, la esposa, aquellas niñas y el hermano, reúnen el patrimonio espiritual para ofrecer a los visitantes todo lo que tan celosamente guardara el padre. Cincuenta óleos muestran al paisajista eximio y el enseñarlos es un homenaje a la memoria del púdico espíritu que los concibiera sin pensar en el aplauso ni en la gloria futura.

TENER ALGO QUE DECIR

Por MARIANO MORALES AVILA

EN UN ARTICULO ANTERIOR, hablo de "lo no imitativo" -calificando con este nombre a lo que también podemos denominar "lo abstracto", o "lo poético"- como el ingrediente esencial de una obra de arte. Ahora he de referirme expresamente a este "no imitativo". Desde luego, no podré hacerlo sino en forma negativa o simplemente alusiva. Lo "poético" o no imitativo, es lo que por su misma condición huye de todo intento de aprisionarlo directamente, enunciativamente, demostrativamente. Por eso, no es extraño que cuando se habla de un cuadro, un poema o una sinfonía, casi obligadamente se caiga en la mera descripción y se diga por ejemplo: está pintado con colores vivos y a pinceladas yuxtapuestas etc. etc. Nuestro hablar cotidiano, científico y descriptivo por excelencia, queda ahí y si el narrador osa internarse más allá, sólo puede rozar sus límites aludiéndolo mediante frases negativas; o bien, le queda el recurso de enarbolar la pluma del vate y componiento un poema cantar el cuadro, o sea pintar otro cuadro de ese cuadro -no digo imitarlo ni copiarlo, cuidado-. Pero a nadie escapa que si bien de esta manera se ha metido dentro "lo no imitativo", tampoco ha dicho en qué consiste.

Para mayor claridad he aquí un ejemplo: cuando decimos, utilizando una frase racional, no poética, "el hombre, pobre barro pensativo debe elevarse a Dios", las palabras BARRO PENSATIVO enlazadas en el enunciado constituyen parte de una idea y por ello están en función de una demostración, de una afirmación o negación; o sea que han sido usadas como un camino PARA demostrar que el hombre debe elevarse a Dios. Pero si leemos en un verso de Vallejos: "este pobre barro pensativo no es costra fermentada en tu costado", seríamos muy torpes al pensar que se está afirmando o negando algo. En la frase del verso no se enuncia nada y por tanto no se demuestra nada. El BARRO PENSATIVO de la primera frase es un prejuicio o una verdad que dilucidar. En cambio, en la frase del verso, las palabras BARRO PENSATIVO expresan una vivencia del poeta. Nadie puede discutir el BARRO PENSATIVO del verso ni tampoco aceptarlo con un "estoy de acuerdo", pero igualmente, nadie puede demostrarlo. Como dije más arriba, sólo cabe que, quien al unísono con el poeta se conmueva con lo de BARRO PENSATIVO, escriba otro poema en el que cante las vivencias que despierta en él.

Por todo esto, a quien nos pide una "explicación" de una obra de arte, es justo responderle que sentimos mucho no poder complacerlo, pues el decir del arte no es demostrativo ni enunciante; tampoco puede ser objeto de demostración o enunciado. El decir del arte es encontrante, por ello hay que encontrarlo y ésta es cosa de cada uno. La gravedad de la certeza pesa y vale para quienes se han hallado o saben hallarse ahí en la obra de arte (como los críticos).

Resumiendo diremos: que hay un decir cotidiano enunciativo, también llamado lógico o racional, que partiendo de una premisa se encamina a la demostración; y hay un decir no dicente o no demostrativo: el decir poético, el decir del arte. Es un decir mudo, un silencio que viene en los colores, la piedra, o las notas. Por eso, una obra de arte es aquella que nos permite atravesar los colores, la piedra, las palabras, hacia ese mundo del silencio; y por el contrario, una falsa obra de arte nos ataja el paso reteniéndonos en los colores, las notas o la piedra de que está hecha. De la misma manera, un falso crítico es aquel que por incapacidad choca con esas superficies confundiendo la armonía y gracia de lo meramente bonito o agradable con la belleza auténtica que es ese silencio que sólo habla al oído de quienes saben oir.

El silencio como aquello que "se tiene para decir" viene en una obra de arte siempre "entre líneas", jamás como lo dicho mismo, pues es silencio, abismo, nada. Está presente como ausente y porque es una ausencia vívida es difícil verla; hay que saber verla. "De qué sirve ir a París si no se sabe ver?" dice Kierkegaard; igualmente, ¿de qué sirve estar ante un cuadro si en él no vemos sino colores?

Artista es aquel que tiene esa carga interior del "algo que decir", condición sin la cual el que escribe es un mero escribidor, el que pinta un mero coloreador y el que toca un musiquista. Obra de arte es la que habla de alma a alma, de silencio a silencio, de soledad a soledad. Es callada elocuencia.

LA CIUDAD



SENTADA EN HONDA CUENCA *de utópicas montañas,*
inmóviles testigos de pasada grandeza,
ocultando tesoros en sus ricas entrañas
descubrió sus paisajes de una agreste belleza.

Secular centinela de tres cumbres enhiestas,
la montaña más alta alegra su blancura
con los tonos rosados de la luz de sus crestas
que desvanece el día en la tarde madura.

Oteando los confines de las altas mesetas,
se detuvo la marcha de los conquistadores
junto al ápice rudo de llanuras escuetas.

La conquista los trajo en épica cruzada
de remotas distancias, -hispánicas legiones-
y Alonso de Mendoza, aquí clavó su espada

CARLOS GERKE



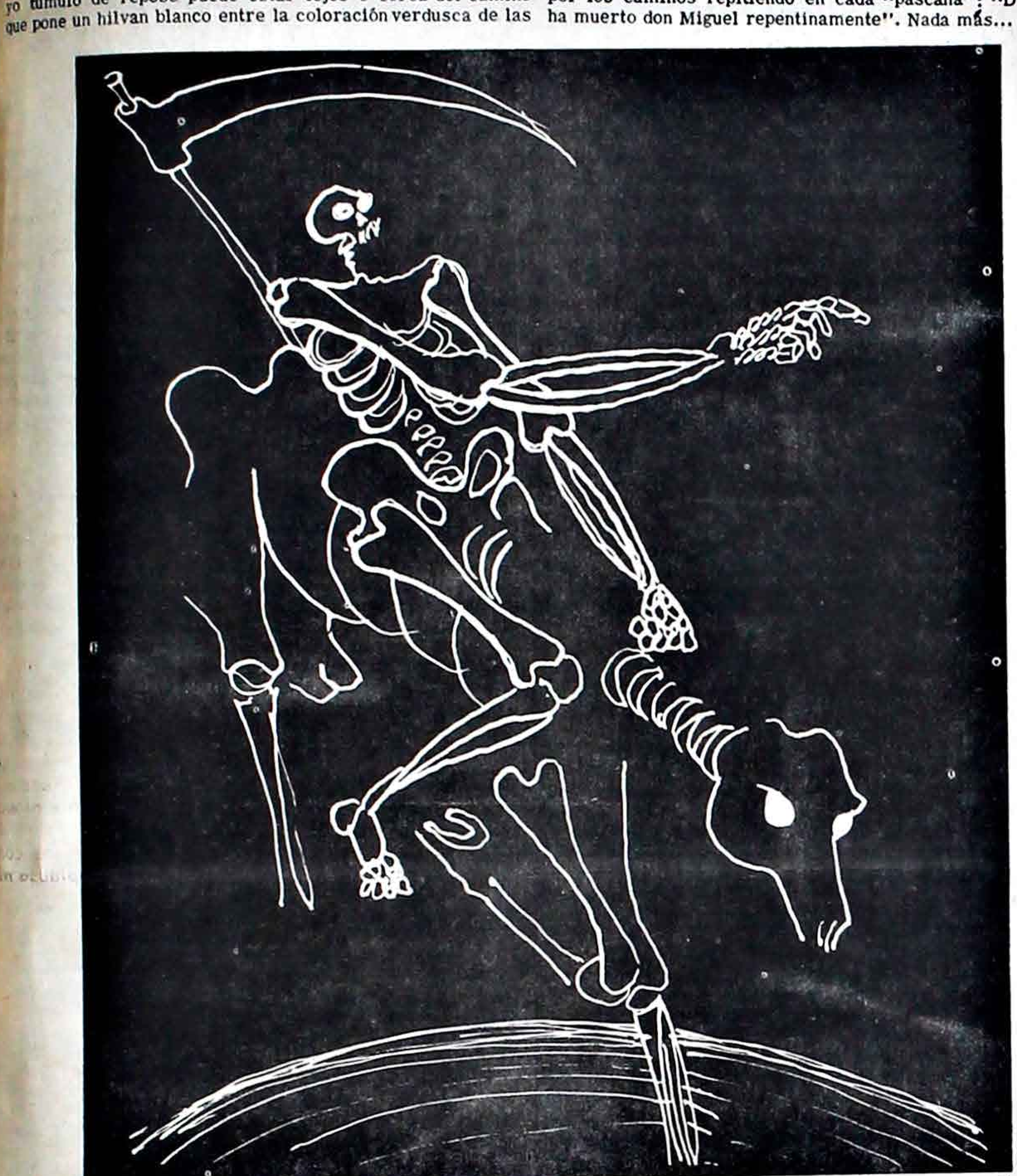
LA TRANSMIGRACION

Un cuento de RAFAEL ULISES PELAEZ

NO VOLVERE A ESTOS PARAJES donde habita el "pejiche". Cumplido que haya la misión de indagar los milagros de don Miguel, sus afanes y proyectos inconclusos, retornaré a mis lares. No sea que a mí también me deslumbre la tentación de quedarme aquí hasta que mis huesos se disgreguen con la humedad de las nieblas. Porque, hablando de climas o sujeciones definitivas, no dejo de reconocer un algo metafísico latente en las grandes montañas tupidas capaz de acallar impulsos o sumir al hombre en vértigos de hipnosis como para hacerlo amar a esta tierra cuya sed de huesos humanos es potente como la gravitación. Vuelvo a recalcar, una vez más que no volveré a estos parajes donde habita el "pejiche"...

Semejante conformación geológica de serranías suaves no entra en la sangre al primer contacto; habría que residir, por meses o años, por algún lado del valle faldero de tantos cerros crespos de vegetación hasta ir acomodándose al ambiente. Si se sube, como lo hacía don Miguel de continuo, por las sendas tortuosas buscando manteos de asbesto hasta las cumbres de los riscos, uno podría encontrarse cualquier rato metido en oleadas de niebla. Allá, en mis pampas, llamamos a estas nieblas "camanchaca" pero, no son iguales: las de mis lados son secas en comparación a estas "mojadas" de particular penetración al alma como dijera mi abuelo cuyo túmulo de reposo puede estar lejos o cerca del camino que pone un hilvan blanco entre la coloración verdusca de las moles. Por aquí, en este gran perímetro mi viejo desconocido moraba durante los últimos lustros de su existencia. El no avisó nunca dónde vendría, no se lo franqueó a su hijo, mi padre, ni a su nieto, yo, mismo. Lo expresaba en un manuscrito hallado casualmente en una vieja petaca de cuero cruceño, en este año de triste recordación al venir yo aquí a cumplir con el sagrado deber de averiguar por mi abuelo, el viejo que tenía, al decir de los poblanos "chulupis en la cabeza".

He sabido que abuelo dejó este mundo en la época de las espesas nieblas, al iniciarse la primavera que por lo común amontona plomizas cerrazones extraídas de lo profundo de quebradas verdes. Don Fabián, congénere de mi viejo tallo, había recogido sus pertenencias en gesto de buena voluntad; quizás si esperando a esa familia del forastero que algún día vendría a buscar al anciano "eternitachi" fugado de su ambiente. No sólo tuvo don Fabián el gesto noble de guardar restos de una vida extinguida, sino que un día fue a pie hasta la más cercana posta del gran camino a esperar, con paciencia, la parada de uno de esos carros enormes de pasajeros para decir al chófer o al ayudante que don Miguel Díaz de Mata, cabeza de una respetable familia del interior, se había muerto "sin víspera", sin decir "ahí quedan las llaves"; que acaso esos hombres del volante hicieran correr la voz por los caminos repitiendo en cada "pascana": "Dicen que ha muerto don Miguel repentinamente". Nada más...



La voz se esparciría con los vientos del chisme y, probablemente, llegaría a oídos familiares. Fue pues, el bueno de don Fabián a la más próxima parada y, cuando el gran ómnibus con un perro pintado en los costados detuvo su marcha, él se acercó al chófer a darle el encargo. El conductor del carro sólo dijo: "Está bien, cumpliré". Pero el viejo no se contentó con esa promesa vaga sino que le recalcó al "colla" fornido: "Vas a decir don Miguel, el minero del asbesto"; todavía más: se lo dijo con énfasis como para meter miedo al hombre rudo.. "Don Miguel Díaz Mata, tronco de los Mata de conocido apellido. Si no avisas el encargo, el alma del minero no te dejará dormir..."

Posiblemente fue el temor al insomio por guardarse un secreto que incitó al transportista a cumplir su promesa porque diez meses más tarde, un periódico de mi pueblo publicó la noticia de que don Miguel Díaz Mata, de tradicional estirpe había muerto en algún punto de la región oriental. La noticia cayó como bomba en casa. Mis hermanas aparecieron por mi habitación temprano, llevando el diario... Tú eres el único soltero de la familia, el más joven, al que más quería el abuelo... Pero, ¿de qué se trataba? Y acto seguido dijo mi hermana mayor: "hermano, estamos de duelo: el abuelito se murió repentinamente..." Y, claro quien debía ir a enterrarlo era yo.

Pero, ¿qué abuelo?... Por mi memoria pasó un recuerdo efímero de un hombre que solía acariciarme; y le nombraban diciendo "el viejo loco". Eso, pensaba yo, era sólo leyenda. Sin embargo estaba la verdad materializada: don Miguel, padre de mi padre existía hasta ayer y había fallecido. Seguramente dejaba una enorme fortuna. Así lo pensaban también mis hermanas porque era un amor extremado que les impulsaba a cumplir los ritos de la santa Iglesia católica! Pero a qué tanto alboroto por la desaparición de un viejo ensombrecido por la lejanía y el tiempo! ¿Por qué ese amor entrañable a estas horas?... Saqué la respuesta de aquella frase repetida por mi hermana mayor que mientras se enjugaba las lágrimas hablaba de sumas capitalizadas, de fortunas amasadas en las minas y qué se yo. Hasta yo mismo experimenté un desusado cariño hacia el difunto cuya herencia podría sacarnos de pobres. Lo cierto es que un día de esos, días volantineros, desembarqué del gran carro para tomar pie en una tierra extraña, llena de antiguas costumbres y supersticiones. Andando, como quien teme tropezar con gente asaz agresiva, llegué a una humilde aldea tan triste y desolada que ni los perros me saludaron con ladridos de sorpresa.

"¿Cuál es la casa de un señor Fabián, vecino de esta comarca?" pregunté a un hombre de abultado abdomen que, repantigado en la puerta de una tienducha, vacilaba en dormirse. Me miró el vecino con ojos entrecerrados, suspiró con cansancio para decir: "Ande un buen trecho hacia el naciente que ha de encontrar un huerto con casa de "motacú". Felizmente me señaló la dirección con el brazo extendido. Veinte minutos después estaba yo en la quinta de don Fabián gritando, desde la barda, su nombre. A poco salió un anciano hermoso igual a esos encomenderos españoles de la conquista. Me invitó a pasar, me brindó un vaso de la dulce chicha cruceña, sin preguntarme quien era. Notándome ya repuesto de la caminata hizo una seña como quien dice "que hubo". Al saber que yo era nieto de don Miguelín, tornose más amable aún a través de expresivos apretones de mano.

Nada hablamos del difunto en ese atardecer cálido, teñido de colores espectrales de un sol tropical. Por los agrietados flancos de un cerro descomunal revestido de crenchas vegetales, se levantaban las primeras luciérnagas cuyos chispazos de luz opacaba tenue cortina de niebla. Hacía calor, un calor vaporoso como si sobre la tierra una gigantesca caldera echara varazos de agua hervida. Una "cunumi" de garridas formas trajo a la mesa una lámpara de kerosene y sólo entonces, finalizando el yantar del ángelus, don Fabián comenzó con el relato de las modalidades de su amigo que fuera en vida Miguel Díaz Mata, don "miguelín", mi abuelo de alejadas simientes.

"Llegó al pueblo un forastero curtido por la inclemencia de las alturas, hará cosa de 40 años; traía una rara teoría de que, por estos contornos, existía un mineral como la mica, quizás fuese el asbesto. Cosas desconocidas por nosotros. Hablaba tanto de este material como para hacer sospechar un estado de neurosis que no concuasaba con su serenidad. Pero a mí me convenció con su teoría a tal punto que me lo traje a esta quinta separada del pueblo de cuyos habitantes podríamos decir mucho en relación a sus hábitos de borrachozos, por no decir más..."

"Dígame, don Fabián -le pedí- ¿catearon con mi abuelo los parajes donde él suponía existiese el mineral?..." Me miró el viejo sospechando que yo también interesaba en afanes de minas; luego como para quitarme tentaciones congénitas de búsqueda de tesoros, me afirmó muy serio: "Muchacho, aquí no hay sino nieblas, víboras y "pejiches"... Estas tierras son de labranza; aquí deja caer Ud. cualquier semilla y surge a poco una planta vivaz. Eso del asbesto, la mica o las piedras "uranas" como decía su abuelo, son cosas de fantasmas... ¡No hay nada de eso por estas quebradas!..."

"Yo he venido -aclaré- sólo a cumplir el sagrado deber de recoger los restos de mi abuelo, levantarle un túmulo de piedra donde descanse, ofrecer una misa en sufragio de su alma y llevarme lo que pudo dejar". Mesóse la barba el caballero, echó un vistazo a la huerta donde florecían mil puntos luminosos. Su voz parecía reprocharme: "La misa ya se la ofrecí con cura de bonete, con banda del pueblo; yo mismo cavé su sepultura para empujarlo, bien retobado, al regazo caliente de la tierra madre. Su abuelo sólo ha dejado una petaca campesina con libros, con anotaciones exóticas en papeles sueltos; en los últimos años ya no buscaba el mineral: había hallado algo mejor..."

¿Qué podía ser ese algo mejor capaz de eclipsar el valor de los minerales que enriquecen hasta la opulencia?... Reflexionar sobre ello sin pie de documentos no es sino fantasear. Así parecía pensar don Fabián al razonar: "el sosiego de la vida vale más que los diamantes... ¡es inapreciable!... Pues bien, su abuelo halló aquí la paz y la serenidad; si trepaba las montañas en largos recorridos no era que buscaba el asbesto; de eso se había olvidado tiempos há; ya no le atormentaba la codicia. Más bien, se dedicaba a estudiar la fauna y la flora de estas rugosidades nebulosas; amontonaba libros de indagaciones sobre Pitágoras, la metempsicosis, la transmigración, el brahamanismo... ¡Qué se yo cuánto más! Conviviendo con él sentía también que algo me ganaba el espíritu; pero no soy yo para estas irrealidades: lo dejaba con su tema..."

Luego explicaba al huésped algo trivial: había encontrado en cierta ocasión un gigantesco "pejiche" en las márgenes de un arroyo de aguas turbias; se había quedado absorto mirando al animal antes de meterse éste en la hojarasca; preguntó el nombre del bicho y cuál era su aplicación en su carne y su concha... Sabida es la cosa: su carne se come, su caparazón se utiliza como medida de granos. Hay conchas resecas que pueden contener hasta dos almudes de maíz; de su cola se hacen rebenques con los cuales los pobladores castigan a sus hijos diciendo: "tu mejor muestra es la cola e peji"... Su abuelo no se conformaba con estas ilustraciones incompletas...

"¿Para qué quería esas explicaciones?" comenté insatisfecho a mi vez; y dijo el viejo de la barba blanca: "porque, finalmente hurgando libros, comparando láminas ilustradas,

Pasa a la Pág. 4

Sugestiones a la Real Academia de la Lengua

Por JOSE CRUZ AUFRERE

Pág.	EN LA 18a. EDICION DEL DICCIONARIO, DICE:	DEBE DECIR:	FUNDAMENTOS DE LA OBSERVACION ANOTADA:
4	ABEJA. 3) Astron. Mosca, 7a. acepción.	ABEJA. 3) Astron. Mosca, 6a. acepción.	La séptima acepción de MOSCA, corresponde a zoología y no a astronomía.
21	ACROTERA. 2) Cualquiera de os remates adornados de los ángulos de los frontones...	ACROTERA. 2) Cualquiera de LOS remates adornados de los ángulos de los frontones..	Por error de imprenta falta la "l" del artículo LOS
45	AIMARÁ	AIMARA.....	Porque esos indios que habitan la región del lago Titicaca son los AIMARAS; no los AIMARAES.
57	ALDABADA. 2) Fig. Aviso, dicho generalmente del que causa sobresalto.	ALDABADA. 2) Fig. Aviso. Dícese generalmente del que causa sobresalto.	En este artículo, el vocablo dicho es palabra inicial de una limitación; pero con la coma parece que se tratara de una aposición del vocablo aviso. La construcción no favorece el empleo de dicho, sino que casi exige el de dícese, al margen de la importancia que adquiera el uso obligado de un signo de puntuación.
62	ALGALIA. . . . . . y especialmente para dar curso salida a la orina.	ALGALIA. . . . . . . y especialmente para dar curso, salida a la orina.	Entre curso y salida falta una coma.
85	ANALISTA. com. Autor de Anales. 2) Med. el que hace los análisis químicos o médicos. ANALISTA. m. Mat. Matemático que se dedica al estudio de la análisis.	ANALISTA. com. Autor de anales ANALISTA. m. Mat. Matemático que se dedica al estudio de la análisis. 2) Med. El que hace los análisis químicos o médicos.	El primer artículo ANALISTA, tiene su etimología en ANALES y el segundo en ANALISIS. El analista que hace análisis químicos o médicos no tiene relación alguna con los anales, y sí con el o la análisis. En efecto, la 5a. acepción del artículo ANALISIS, corresponde precisamente a medicina. Es necesario dejar una sola acepción en el primer artículo de analista - en el de anales - y llevar toda la segunda al otro, es decir al segundo artículo ANALISTA, al de análisis.
97			
97	ANTOFAGO. . . . . . . se dice de los animales que principalmente se alimentan las flores.	ANTOFAGO. . . . . . . se dice de los animales que principalmente se alimentan de flores.	No hay lugar para el artículo las; hay que cambiarlo por la preposición de.
121	ARO. (Voz aimará) Chile. interj. con que se interrumpe a uno que habla, canta o baila, presentándole a la vez una copa de licor.	ARO. (De ARO, circunferencia) América Meridional. Interjección con que se interrumpe el baile.	No existe tal voz aimara, por lo menos con el valor que le asigna el tercer artículo de la palabra ARO. En realidad, esta voz hace referencia a la forma que toman los brazos, las manos y los dedos de los dos bebedores que se sirven un aro. Es voz de uso común en Bolivia, Perú, Chile y el norte argentino, esa la razón para proponerla como americanismo en lugar de que figure como chilenismo. En cuanto a su significado, solamente se usa para interrumpir el baile, aunque si él tiene cantor, naturalmente que debe callar a la voz de: ¡ARO!; pero no está obligado a tomarlo. Los bailarines sí, cada cual con su propia pareja, entrecruzando las copas antes de llevarlas a los labios.

(Continuará)

SANATORIO LITERARIO

De 1961 a 1963, hubo en la prensa nacional, una epidemia del mal uso del verbo INCIDIR, que según el diccionario es: "caer o incurrir en falta, error, etc.; de ahí que reincidir sea: volver a incurrir en falta, etc".

Desde 1940, figura este verbo en el Diccionerio de la Lengua, con la nueva acepción médica de: "cortar, hacer una incisión".

Quizá sea con este nuevo significado que se usó aquel verbo; aunque la razón se resiste a enunciar un "caso" pernicioso con un verbo que bajo esa acepción médica, tiende más bien a curar. Pues el cirujano hace incisión para extirpar algo malo: un tumor por ejemplo.

Puede también que el vocablo INCIDENCIA se haya tomado como acción de incidir; cuando dicha acción es "incisión" e incidencia en mecánica, es la dirección según la cual un cuerpo choca con otro y figuradamente: lo que sobreviene en el curso de un asunto o negocio.

Sea cualquiera el origen del mal empleo del verbo, la verdad es que INCIDIR ha sustituído indebidamente a otros verbos que entrañan deterioro o mengua; tales como: afectar, atentar, malograr, minorar, perjudicar, redundar (en mal), repercutir, reflejar, etc. etc. usados en sentido figurado.

Delimitado así el campo operatorio, veamos algunos casos; intercalando en ellos entre paréntesis, los verbos suplantados.

"Otro efecto directo de la elevación del precio de los carburantes, y el aumento de tarifas que INCIDEN directamente en los costos de elaboración del pan"... (que elevan, encarecen, recargan los costos...)

En 1961 un Ministro de Estado explicó a la prensa sobre que ese aumento de precio de carburantes permitirá obtener fondos para "adquirir maquinarias nuevas y repuestos.. "Esto -añade- INCIDIRA favorablemente para los trabajos de mantenimiento de caminos.. etc" (Influirá, resultará favorable..)

Con el mismo motivo, se publicó un Comunicado de los chóferes de automóviles de alquiler que decía; que ellos no querían "INCIDIR en la economía de los trabajadores y estudiantes". (deteriorar o minorar la, atentar contra la)

Un representante del Fondo Monetario al referirse al "problema de la luz" de esta ciudad, declaró a los periodistas que era conveniente: "un aumento de tarifas que no INCIDA en el sueldo de las personas, como no ha INCIDIDO el precio de la gasolina" (atente contra el sueldo, que no lo afecte...)

El editorial de un diario local comentando los "Convenios con la Argentina" y refiriéndose a los factores del desarrollo nacional, dijo: "Tal vez uno de los más insuperables radica en la carestía de los transportes que INCIDE de una manera decisiva en los altos costos de sus productos" (que se traduce...)

"Metabol proyecta Obtener Estaño de Grado A", fue una crónica que en su párrafo "Impurezas" consignó esta frase: "INCIDIENDO sobre las entregas de minerales, señalaron que éste contiene una serie de impurezas y arsénico, etc"...

(aludiendo a las entregas, refiriéndose a ellas...)

En otro editorial de un matutino de aquel tiempo se lee: "Un crédito reproductivo, lejos de INCIDIR en una mayor inflación, la disminuye por diversos canales". (traducirse en, convertirse en...)

Y otra crónica "Deplorable aspecto (sic) que ofrece festividad de un grupo de Músicos"; aunque debió tratarse de un deplorable espectáculo, tal crónica relata lo que exhibieron los tales músicos en plena vía pública: "promoviendo muchas veces- dice- incidentes y altercados que INCIDEN en el ánimo de los espectadores"... (que indignan el ánimo, que sublevan...)

Un valiente artículo "Responsabilidades Institucionales" publicado por ese tiempo en la prensa local contiene este párrafo: "Si los poderes públicos institucionales no van a cumplir con el deber de ser celosos defensores de los enunciados imperativos de la Carta Magna cuando ella INCIDE en materia de tipo internacional, la situación de la Nación correrá riesgos que significarían temeraria desorientación". (legisla, incursiona, se refiere a...)

Y para terminar una nota de color con INCIDIR. En un buen "Estudio en torno a la libre contratación de trabajadores" publicado en un diario local, su distinguido autor, escribió: "la poca demanda de productos a raíz del bajo poder adquisitivo, INCIDE todo ello en los costos elevados, etc." (se traduce, se refleja etc., y prosigue el distinguido escritor: "Quiere decir ganar sin hacer nada; algo así como el ZANGANO entre las HORMIGAS.

En este tiempo "nuevaolero' hasta las hormigas le han birlado el "zángano" a las reinas de colmena, para instalarlo principescamente en un hormiguero. Y hasta el domingo próximo.

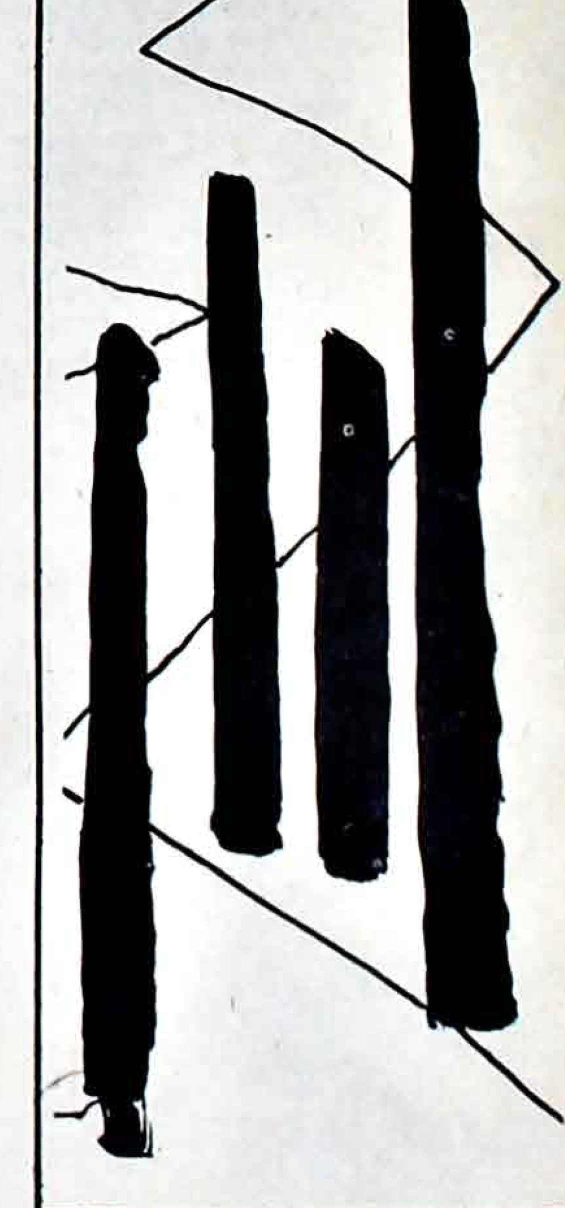
Dr. CIRUELA

CLARO OSCURO

AMO aquello que sonríe
entre lentos terciopelos.
El intuir
me es más sentir
que el sentir mismo;
la penumbra más luz,
más música el silencio.

En el brote del nido,
en las voces que tiñen
de azul las lejanías,
yo palpo lo absoluto
con más hondura
que a ras de lirio abierto,
de manzana mordida
por el beso del sol,
y mi alma
-de cara al infinito-
desnuda su palabra
y habla con Dios.

BEATRIZ SCHULZE ARANA



EL CHANGUITO O

(Viene de la página 2)

- ¿También tú Urpi aquí?

Preguntó el modesto escudado corneo animal, a la linda Urpi.

- Sí, dijo, ella.
- ¿Quién, resiste a esta música, celestial?
- Tienes razón; pero hay un peligro!
- ¿Cuál?
- El que, el extranjero, te conquiste.
- Tengo suficiente entereza de ánimo, para guardar mi fidelidad a Jurjo.
- Nunca dudé, de esta tu actitud; pero las mujeres son débiles y es necesario que Jurjo se interponga, a este peligro que corre tu reputacion.
- Amigo y vecino Quirquinchu, te agradezco tu diligencia, mas debo de informarte, si salí de mi morada fue tan sólo por escuchar estos sones tan embriagadores, que también a tí te sacaron de tu profundo socavón.
- Nadie puede resistir, al llamado del arte; pero creo que este medio sea un motivo de conquista del extraño hombre, voy de prisa, a dar aviso a Jurjo tu amado, él resolverá tu actitud, tú no puedes hacer traición a la raza.

Dicho esto desapareció Quirquinchu, a pesar de su impedimento de caparazón, se dio modos para poner diligencia a sus diminutos pies y apareció en el rancho de Jurjo, que sorprendido de la presencia de Quirquinchu a esas altas horas de la noche, le preguntó:

- ¿Qué te trae, amigo, a estas horas aquí?
- No te extrañe mi presencia, vengo a comunicarte, un asunto muy importante.
- ¿Cuál?
- A la orilla del lago, apareció un hombre extraño, que con su canto por cierto hermoso, acompañado de un instrumento raro, trata de conquistar a Urpi.
- Verdad hablas Quirquinchu?
- Nunca te engañe Jurjo, Mama Quilla que ahora nos alumbra es testigo y los cactus, símbolos de nuestra raza, están también presentes.
- Crees tu, que la honorabilidad de Urpi, corra peligro?
- Sí, si bien ella es la hija predilecta de nuestra comunidad, que demostro lealtad en todo momento, sin embargo podemos presumir que por el sentimiento de esa música embriagadora podría declinar su amor.
- Tienes justísima razón, amigo leal Quirquinchu, vamos de inmediato.

Dicho esto ambos amigos corrieron por el desierto, alumbrados por la claridad de la luna, Jurjo ayuda a su leal amigo en el menudo andar y se pone bajo el sobaco para así avanzar mejor y rápido.

De lejos escuchan ya las melodías de la música ejecutadas por el español, Jurjo a pesar de su intensa preocupación por su amada, no dejó de detenerse a escuchar las cautivadoras notas del nuevo instrumento y la melodiosa voz del payador. Luego acelararon el paso y llegan al sitio, Urpi, seguía escuchando la musica, Jurjo después de un largo saludo a Urpi, se aproximó,- temerariamente, para observar con más detalle, de que personaje se trataba y de qué instrumento que emitía tantos sones embriagadores. Así lo hizo sigilosamente, pero siempre acompañado de su fiel amigo

Mientras ambos interesados escuchaban y contemplaban de hito en hito al arrogante personaje, éste advirtio, que alguien le espiaba, dejó de pulsar la guitarra y desenvainando su espada, gritó: ¡Alto!.. ¿Quién va?! ¡en guardia!..

Jurjo, ante la postura agresiva del español, huyó aterrorizado; Quirquinchu tambien trató de huir, pero su paso tardo no le permitió perderse cuanto antes como lo hizo Jurjo, fue sorprendido por el cruel personaje de la guitarra, que de una estocada, trató de atravesarlo; mas su intento quedó fallido, pues el sable resbaló en el caparazón del armadillo peludo, furioso el agresor, le dio un recio puntapié y el pobre animal quedó patas arriba, sin poder dar un paso, que aprovechó el español para atravesarle el cuello con el filo de la espada, muriendo al instante el fiel amigo de Jurjo.

Al día siguiente Jurjo, quiso expiar lo sucedido en la pasada noche, sigilosamente se encaminó al lugar donde protagonizaron, uno con la agresión, otro con la huida y finalmente con el sacrificio.

Con gran dolor encontró muerto a su amigo Quirquinchu, inmediatamente, lo llevó a su casa y allí sacó toda la carne de aquel caparazón formó la cavidad con instrumento a imitación de la guitarra del español, y de sus intestinos, torció unas finas cuerdas para completar con la encordadura del instrumento nuevo

Meditabundo, pensando cómo complacer a su amada con iguales o superiores melodías que del instrumento del español, cavilo mucho y por fin, tomo la feliz idea de utilizar el casco o caparazón de su infortunado amigo Quirquinchu, para confeccionar un instrumento similar al del extranjero, para evitar así la fuga del amor de Urpi. De la proximidad de su casa desgajó un kehuaillu y de la parte leñosa de este cactáceo, hizo la tapa y brazo del instrumento añorado, amalgamó ambas cosas y en la primera noche que concluyó de armar, ansioso se fue a pulsar el nuevo instrumento musical, por si ahuyentaba la inquieta atención de su amada Urpi, hacia el español, que si no pudo conquistar con palabras y la fuerza, acudió a las armas del arte de la música.

Jurgo, hizo lo propio que el español; pero temeroso de llevar la desventaja de un instrumento improvisado, pulsó medroso cerca de la choza de Urpi El nuevo instrumento salido de la mente de su amado, hizo saltar de gozo, pues las notas de aquél llegaron a lo íntimo de su alma, aquello si que hablaba de la tierra, de la inmensidad del altiplano, de lo agreste de las montañas, de los rientes ríos, en suma interpretaba el sentimiento de la raza Parecía emitir quejidos de dolor, parecía que quisiera hablar, pedir justicia, libertad. su dolor era tan grande, que cumplía los últimas fibras de sentimiento de la paloma mensajera de los urus.

Así, Urpi, no supo cómo manifestar su emoción, cogió sus cabellos, los desgreñó, levantó la vista hacia el cielo, extendio las manos hacia Mama Quilla, como implorando perdón y consejo, gesticulaba y suspiraba tiernamente.

Pobre raza, se dijo para sus adentros, te iba a traicionar... ¡pero, no! .. vuelvo a tu regazo... Jurjo amado mío, ¡perdón!. ¡perdón!... ¡ven a mí!..

Al español que escuchó a su vez una melodía angustiosa, no dejo de llamarle la atención, aguzó su innata curiosidad y sin recelo alguno, se allegó al novel instrumentista, quizá con el intento de criticarle o rechazar su incipiente habilidad, tomó de manos de Jurjo el pequeño instrumento y observó, cómo este pequeñín era capaz de emitir semejantes acordes, a lo que Jurjo respondió:

- Es la voz de la raza que demanda justicia.

El ensimismado aventurero, respondio:

- ¿Con este miserable instrumento, pretendes disputarme el amor de Urpi?

El modesto huaina Jurjo, no atinó a responder, sólo se limito a decir:

- Yo no pretendo imponerme por las formas externas de mi instrumento, si bien no tiene presentacion en cambio, tiene la habilidad de recuperar amores casi perdidos.

Usando el español, de un lenguaje arcaico, arrebató el modesto instrumento de manos de Jurjo y le manifesto:

- Este mamarracho que has querido imitar a mi guitarra, en su presencia no es más que un changuito insignificante.
- Sea lo que fuere, replicó Jurjo, yo quiero agradar a mi amada y nada más.
- Si es así, midamos la eficacia de la ventaja de nuestros instrumentos dijo el orgulloso peninsular.

En las subsiguientes noches, español y uru competían con sus instrumentos en los alrededores de la choza de Urpi, pero sucedió que el changuito o charanguito del uru fascino a la bella Urpi y no así la guitarra del extranjero que ante un instrumento ya propio de la tierra, quedó descartado el ufano payador hispano y el charanguista indio uru, se apoderó del corazón de Urpi, que lloraba sangre de emoción y de las preciosas gotas de sus lágrimas, brotaron las pampa tticas flores modestas; pero de perfumes embriagadores, que ocultan su rubor a flor de tierra.

VOCABULARIO

MAMA QUILLA, Madre Luna, deidad del incario.
URPI, paloma, nombre que solía darse a las jóvenes.
URUS y CHIPAYAS, poblaciones muy antiguas de indígenas del lago Poopó y alrededores.
QUIRQUINCHU, armadillo, mamífero con caparazón córneo que vive en el altiplano.
KEHUAILLU, cactus planta peculiar de lugares rocallosos, muy espinoso y de elegantes flores.
PAMPA TTICAS, flores silvestres que florecen al ras de la tierra, de ahí su nombre de flores de la pampa.
HUAINA, joven, adolescente.
CHANGUITO, diminutivo de chango, argentinismo, que quiere decir: pequeñín, muchacho.

LA TRANSMIGRACION

Viene de la Pág. 3

sorbiendo materialmente las dosis de las ciencias, llegó a comprobar que el "pejiche" es un animal antidiluviano, sobreviviente de las épocas glaciales; que sus orígenes parten de los gliptodontes viniendo a ser esta criatura el último eslabón de una cadena extinguida". Lo decía así, simplemente, como repitiendo una lección aprendida tozudamente, memorizando los vocablos de mi antecesor. Yo, como es de suponer, quedaba alucinado.

Mi estada en la quinta de don Fabián podía ser larga o acortarse de golpe una vez que hubiese visitado la tumba de mi abuelo, contado sus papeles, cumplida la misión a la cual no le asignaba ningún saldo positivo pues, lo dejado en esta vida por el difunto, no representaba ni la mitad del costo de mi viaje. Ya lo expondría crudamente a mis hermanas quitándoles inútiles esperanzas.

Al día siguiente de mi llegada al solar de don Fabián supe de la delicia de morar en el campo: desayuné al alba con un trozo de becerro al palo, me zampé huevos, mantequilla y café aromático. Antes que el sol se alzase alto, anduve por entre chacras de mieses opulentas, me perdí entre plantíos de caña, me bañé en un río cristalino, tibio como el sudor. Pasado el opíparo almuerzo de carnes de monte con ensaladas frescas, me tumbé sobre la hamaca bajo el aereado corredor de la casona. No cabía duda que abuelito fue un sabio, un hombre tranquilo a quien habíanle dejado de molestar las tentaciones groseras de la rutina; se había recogido, pues, a un remanso.

"Pasada la semana visitaremos la sepultura de su abuelo, haremos que la beata Eloisa cante sus responsos frente al trecho santo donde reposa el buen amigo; después empaquetaremos sus libros. Cumplido esto ya puede Ud. volverse a su pueblo..." Me lo dijo francamente, como si me invitara a marcharme. No pude menos que agradecer, pero comenté a guisa de despecho: "Comprendo, don Fabián, quizás mi presencia perjudica sus labores, pero sinceramente le digo que de buena gana me quedaría en su finca, plantaría mi tienda aquí para ayudarle en sus quehaceres. Viviría feliz en el predio pues, la ciudad ya me tiene aburrido..." Me miró con ojos penetrantes, encendió un cigarrillo, posó después su vista, un buen tiempo, sobre el huerto abundante en pomelos. Sentenciosamente me habló: "No lo permitiré nunca, muchacho; detrás de este telón de primera perspectiva hay otro y otro. El agro no es para un joven de su clase; si se quedara aquí se volvería un gato salvaje. Esto es la selva, bajo su aparente brillo hay una pelea de muerte: su corolario es el alcoholismo, el enervamiento, la abulia..."

No decía estas cosas con fastidio, no lo decía con ánimo de ahuyentarme; quien sabe en su voz estaba un afecto naciente. Hallé cierta contradicción en sus consejos y saqué un argumento para enfrentarlo: "¿Y, entonces por qué dijo que mi abuelo halló en este lugar el tesoro de su serenidad? El había visto venir mi reacción y repuso, sin término de tiempo: "Porque su abuelo, joven, había traspuesto ya la menopausia. En este período de edad si, el lugar ofrece seguridad; las pasiones están cansadas, la desilusión se resigna. A nuestro padre Adán, en edad pre-senil, el Señor podría ofrecerle el paraíso terrenal con entera confianza..." Quedé silencioso, casi anodadado. Fue cuando don Fabián dándome un ligero golpe en el hombro hizo esta invitación: "Cuando haya cumplido medio siglo de vida, véngase aquí: todas estas tierras serán suyas, caminará sobre ellas con firmeza. Es el mejor regalo que le ofrezco y así constará..." Afuera nuevamente caía la noche y se encendían las luciérnagas para su tránsito vital; las flores de magnolia perfumaban los aleros y se cerraban las orquídeas aéreas prendidas a los horcones del corredor.

Bien de mañana salimos a pie hacia el sitio donde se había enterrado a don Miguel Díaz de Mata; el día estaba velado por ralos jirones de niebla, pero era luminoso. Dos hombres y una mujer portando palas y picotas y también flores nos acompañaban. Don Fabián iba delante deslizándose por entre la tupida vegetación igual que una corzuela. Al llegar a una estrecha explanada se detuvo para decirme: "A su abuelo lo hemos metido, casi doblándolo dentro de la caparazón de un "pejiche", lo hemos cosido bien sujeto con su sábana santa o sudario; hemos pintado una cruz negra sobre la concha, hemos cavado profunda la fosa y sobre el cúmulo de tierra hemos sembrado gramínea.. Ahí descansa en paz..." No entendí las palabras del viejo, no las entendí en su rara afirmación; una especie de protesta sorda surgió en mi conciencia. Pedí aclaración: "¡Cómo es eso, don Fabián! ¿Quiere decir que lo sepultaron sin ataúd?..."

En ese altozano con ligero declive habíamos hecho alto; y en ese sitio agreste pedía yo aclaraciones... ¡Encerrar al viejo en un cuero de armadillo!... ¡Habráse visto ocurrencia más absurda! Casi risueño, don Fabián llamó a los acompañantes a su torno e hizo esta sola pregunta: "¿No es verdad, hijos, que don Miguel pidió siempre y en su hora extrema que lo cosiéramos dentro de la concha de un "pejiche?"... Todos ellos asintieron con solemnidad y yo... ¿qué podía decir?... Proseguimos la marcha paso a paso, callados.

Nos detuvimos a dos metros del presunto lugar: sólo se veía un agujero con los bordes revueltos; gramínea y terrones en caótico amasijo. Es decir que parecía que alguien o algo había profanado la tumba o que algo desde adentro había empujado la cubierta... ¿algún animal silvestre?... ¿Lobos o perros hambrientos? Volví el rostro hacia mis acompañantes con expresión aturdida; ellos, todos ellos, estaban pálidos, trémulos; miraban la escena con espanto. Ya comenzaban a persignarse para huir cuando uno de los mozos con gesto de terror, señalando la ceja del monte cercano, gritaba diciendo: "Miren, miren.. Allí..." Entonces vimos a un enorme "pejiche", con una cruz negra pintada en el lomo; caminaba lentamente con dirección al "chaco"... No se qué sentí al ver esto. No lo sé. De lo único que tengo conciencia es de haber gritado como loco: "Abuelo, abuelo Miguel... Soy yo, tu nieto..."

Esos hombres y esa mujer fueron testigos de que el "pehiche" al oir mi voz, se detuvo, giró en redondo para mirarme, movió luego la cola en señal de despedida para después retomar su rumbo, lentamente, hasta desaparecer en la espesa matorra.

ENTORNO A LA

(Viene de la página 1)

Irala sólo tuvo más suerte en 1548.. Llegó no sin tropiezos, pero revelando un gran talento organizador, hasta el Río Grande o Guapay en septiembre de aquel año, cinco meses después de que La Gasca había dominado la anarquía del Perú, dando fin al grave alzamiento de Gonzalo Pizarro que aspiró la corona de Rey de la América del Sur. El explorador y estadista vizcaíno se encontró, no sin sorpresa de que otros españoles, desde hacía 10 años, habían recibido en encomienda esas tierras y se habían repartido sus pobladores en nombre de la Corona. Irala comprendió que la etapa de la conquista declinaba y que las instrucciones de don Pedro de Mendoza para Ayolas no tenían entonces la menor vigencia. Por eso regresó a Asunción, enviando sus cuatro emisarios a La Gasca y ofreciéndose a servirlo.

Diez años después de la batalla de Las Salinas, a pocos días de la victoria de La Gasca sobre Gonzalo Pizarro en Saxaguana, se congregaron algunos de los personajes con los cuales Pizarro había hecho la distribución de la América del Sur. Estaban Valdivia y Belalcázar que lucharon por la causa real, frente al hermano del viejo conquistador que había caído en la rebeldía y la infidelidad. Había nuevos personajes en la escena. De los partidarios de Pizarro se encontraban en deliberación con La Gasca Lorenzo de Aldana que fue emisario de aquél ante La Gasca cuando éste llegaba a Panamá y Pedro de Hinojosa, jefe de la flota rebelde en el Pacífico, a quien redujo, también, la sencillez del representante del Rey. Habían llegado, asimismo, los personeros de Irala, procedentes del Río de La Plata, Ñuflo de Chávez y Pedro de Oñate. El Mariscal Alonso de Alvarado y don Alonso de Montemayor, eran otros dos notables consejeros de La Gasca. Era otro de los momentos decisivos en la historia de Sud América. Tras amplia deliberación el Pacificador hizo una sola modificación en el estatuto territorial del Continente: - dividió la Nueva Toledo en dos grandes sectores, después de comprobar que el Tucumán, el Río de La Plata y el Paraguay eran tres gobiernos diferentes. A la mitad oriental de la Nueva Toledo le asignó el gobierno del Paraguay; la otra mitad era el Gobierno de Charcas. Los límites de ambas fracciones al Norte y al Sud corrí[an] por los mismos paralelos: - los 14 gra[dos] de lat. S. hacia el Norte y los 25 gra[dos] de latitud S. al Sur. Al Gobier[no] del Paraguay le dio por límite [el] Océano Atlántico y al de Charcas co[mo] límite occidental el Océano P[a]cífico a lo largo de 11 grados ge[o]gráficos. Los límites entre amb[as] gobernaciones estaban en los térm[i]nos del Cuzco y Charcas.

La Gasca consideró que la soluci[ón] que daba constituía una sólida garant[ía] de estabilidad para la vida colon[ial] española en la América. Las dos fra[c]ciones de la Nueva Toledo queda[ban] ligadas al mundo por extensas zon[as] litorales, la una sobre el Pacífico [y] la otra sobre el Atlántico. Además tenían tierras interiores suficientes y condiciones especiales para su [ul]terior desarrollo. Por otra parte, es[]taban ya descubiertos los caminos de Asunción a La Plata por Chiquitos y del Río Paraná a Potosí a través del Tucumán. La defensa del litoral Atlántico español, exigía un gobierno en Asunción que tuviera contacto directo con Santa Catalina por la ruta terrestre de Alvar Núñez Cabeza de Vaca.

Simultáneamente, la idea de formar un gobierno en Charcas, creando la Audiencia en La Plata, fue propia y personal de La Gasca. La formuló al Consejo de Indias al volver a España y posiblemente la maduró desde los días en que dispuso la fundación del Pueblo Nuevo de Nuestra Señora de La Paz.

La visión de La Gasca sobre los gobiernos de Charcas y el Paraguay fue aclarada, más tarde, por el Licenciado Juan Matienzo en su muy poco conocida y difundida obra titulada "Gobierno del Perú", en el conjunto de la división territorial de la América del Sur.

Por una de esas frecuentes paradojas de la historia, las dos naciones que tuvieron su origen en la Nueva Toledo -el Paraguay y Bolivia-, resultaron ser las dos únicas naciones mediterráneas de la América del Sur. El encierro geográfico fue más grave para Bolivia que para el Paraguay, pues, este último país tiene las rutas expeditas de Paranaguá, por tierra, hasta la costa Atlántica y por vía fluvial, a través del Paraguay, el Paraná y el Río de La Plata hasta Buenos Aires. No tiene el Paraguay los inmensos accidentes orográficos que obstaculizan el acceso de Bolivia al Océano Pacífico o al Río de La Plata.

Pero, éste es otro tema que, aunque no totalmente desligado del de Tucumán, debe merecer la atención de América.

Volviendo a la colonización del Tucumán, puede afirmarse que, a partir de la batalla de Saxahuana ella depende fundamentalmente del Perú. La Gasca concedió la capitulación del Río de La Plata a Diego Centeno, rico minero de Potosí, quien falleció antes de hacer efectivo su proyecto y, sobre las mismas bases el Rey en 1567 la otorgó a Juan Ortíz de Zárate, otro español enriquecido con el comercio de Potosí, cuyos establecimientos agrícolas y ganaderos en Tarija sirvieron de base para la segunda fundación de Buenos Aires, la de Corrientes y la de Concepción del Bermejo. A partir del Gobierno de Hernandarias el Paraguay atiende firmemente la colonización al Este y Buenos Aires empieza, también, a jugar un rol económico con relación al Tucumán y Charcas, aunque Arica sigue siendo el puerto de Potosí por efecto de la política de la Casa de Contratación de Sevilla que favorece al comercio de Portobello. Al crearse el Virreinato del Río de La Plata la corriente económica de Charcas se vuelca casi íntegramente sobre el Tucumán y el puerto de Buenos Aires, ciclo que se rompe con las invasiones inglesas y la guerra de la Independencia. Aunque la vieja integración Tucumán - Potosí subsistió hasta la segunda mitad del siglo XIX, ella acabó quebrándose en el curso del siglo XX hasta quedar reducida a niveles mínimos de intercambio.

Si la historia ha dejado de ser una mera recreación y sirve para algo, es seguramente para señalarnos los caminos del bienestar, bajo la advocación de la experiencia. Conocemos a través de ella los crasos errores de la administración espanola (monopolio de la Casa de Contratación de Sevilla y su corolario la preferencia del comercio de Portobello, el manejo indiscriminado de los puertos con perjuicio de usuarios que pueblan tierras interiores, etc.) y sabemos, también, que en sustitución de ellos hay otros nuevos que no les van en zaga y que, a su vez, distorsionan los objetivos de integración continental, vale decir, de progreso y mejoramiento que buscan los pueblos.

Es natural que al comentar su conferencia sobre el Tucumán haya derivado en tantos temas que le son conexos, omitiendo muchos otros que en día no lejano habré que tratarlos en el conjunto de los problemas iberoamericanos. Es que la geografía de la América del Sur no ha variado desde los tiempos de la conquista y, con seguridad, no variará tampoco y, aunque la historia se ha dinamizado en forma espectacular frente al crecimiento de la población, nos enfrentamos con la permanencia de los problemas en sus nuevas formas depuradas por el avance de la ciencia y la técnica y por un mejor conocimiento de las realidades ecológica, orográfica e hidrográfica de nuestros países y del conjunto del continente.

En esa visión el Tucumán y todo el ámbito mediterráneo de la América del Sur (que es muy grande) aspiran a ser los fuertes y sólidos nexos de unión de las orillas del Pacífico y al Atlántico y de una razonable integración continental sin víctimas ni victimarios, es decir, en el plano de la paz y la comprensión. Hay proyectos como el de la formación de mercados más amplios que los puramente nacionales y como el de la Carretera Marginal de la Selva que, realmente, alientan la esperanza en el futuro de la América del Sur.

Al cerrar esta mi carta quiero expresarle, junto con mi admiración por su obra amplia y tesonera, el sincero homenaje de mi amistad.